

Discurso de Mariano Sanz, Doctor Honoris Causa Universidad San Sebastián

Santiago, 30 de julio de 2010.

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector, Autoridades Académicas y Profesores de la Universidad de San Sebastián, respetados profesores de otras instituciones universitarias, estimados colegas y amigos, señoras y señores:

Recibir el grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de San Sebastián en Santiago de Chile, ciudad ésta que tanto ha supuesto en mi carrera académica y profesional, y donde he acumulado tal cantidad de amigos y de gratas experiencias, representa no sólo un muy importante galardón académico, sino también una gran satisfacción personal. Sean, por tanto, mis primeras emocionadas palabras de agradecimiento para el Excelentísimo Sr. Rector, Consejo de Gobierno y Miembros del Claustro Académico de la Universidad de San Sebastián, que han tenido a bien aprobar y refrendar respectivamente, la propuesta que en su momento realizó la Escuela de Odontología. Interpreto que con ello han valorado benévolamente mis méritos personales a través de mi trayectoria académica y profesional. Esta distinción me conmueve profundamente y me llena de una enorme satisfacción.



En la vida de las personas, los acontecimientos que se suceden se encuentran íntimamente concatenados entre sí. Mi presencia en este estrado está jalonada por una serie de circunstancias, que con la mayor gratitud considero pertinente analizar. En primer lugar me gustaría resaltar a mis padres, que con su ejemplo me inculcaron la fe en el trabajo, la labor bien realizada y su enorme capacidad de sacrificio para lograr la formación y el bienestar de sus hijos. Por ello, me van a permitir que dedique una parte importante de este galardón a mi padre, el Prof. Mariano Sanz Martín, que ha fallecido el mes pasado y a quien le hubiera encantado compartir conmigo este acto, aunque estoy seguro que en algún lugar lo estará observando con un gran regocijo. Mi padre, con su honestidad, su rigurosidad y su bien-hacer, me inculcó esta pasión por la educación, por la investigación y por la vida académica que ha dirigido mi vida profesional.

Igualmente, me gustaría dedicar este nombramiento a mi esposa Conchita y a mis cuatro hijos, que han sabido siempre alentar y estimular mi trabajo comprendiendo el tiempo que por mi vocación he dejado de dedicarles. Para ellos, que tanto saben de renunciadas, de

silencios, y que han sabido continuamente compaginar armoniosamente «ser presente con no estar».

Igualmente sería injusto si no indicara que en mi trayectoria vital han desempeñado también un papel muy importante mis maestros, mis compañeros de facultad, mis colegas y mis amigos que siempre me han apoyado y alentado a progresar en mi carrera académica.

Finalmente, mi gratitud para el profesor Fernando Fuentes, que en su laudatio ha tenido la virtud de convertir en brillantes éxitos las obligadas etapas o jalones de una modesta vida universitaria, y para todos los amigos chilenos que me acompañan en este momento que Humberto Eco define de sublime y trascendente.

Establece el protocolo que en el acto de investidura del grado de Doctor Honoris Causa, el recipiendario debe dar lectura a un discurso de recepción sobre un tema libremente elegido, tarea que me ha resultado particularmente difícil, pues mi conciencia se ha debatido entre la selección de un problema de índole divulgativo o de contenido eminentemente científico. Finalmente, y teniendo en cuenta la diversidad de este selecto auditorio, he optado por la primera opción, tratando de abordar de un tema al que he dedicado una importante parcela de mi vida académica, y que lleva por título «Educación en Ciencias de la Salud». No es mi propósito describir todos los pormenores del proceso educativo en nuestros planes de estudio, pero sí incidir en tres dimensiones que en mi opinión configuran los ejes fundamentales de la formación universitaria moderna en esta rama de conocimiento.

El primero de estos ejes es la formación científica de nuestros estudiantes. Nuestra profesión, como el resto de las profesiones sanitarias, está experimentando unos cambios verdaderamente radicales, sobre todo debido a los avances en la ciencia y en la tecnología, de tal modo que la formación que impartimos en la actualidad será irrelevante en muy poco tiempo.

Estos rápidos avances nos plantean enormes problemas a las Universidades sobre la adecuación de nuestras enseñanzas y los planes de estudio. Por un lado, los planes de estudio deben ser estables para que puedan asentarse, evaluarse y consolidarse. Por otro lado, si los planes se hacen obsoletos generan una formación irrelevante. Por ello nuestro verdadero reto es no sólo formar un profesional con capacidad de integrarse en el mundo laboral, sino que también posea una serie de competencias que le permitan adaptarse a un mundo científico cambiante y en plena evolución. Para ello, es crucial inculcar a nuestros estudiantes la cultura de la ciencia que les permita no sólo el conocimiento de las teorías vigentes, sino el análisis crítico de todo el conocimiento. Debemos conseguir que nuestros graduados alcancen lo que el filósofo austriaco Karl Popper denominó racionalismo crítico, es decir, nunca aceptar la certeza y siempre proponer hipótesis que puedan someterse al filtro de la experimentación. Popper afirmaba que nunca debemos tomar demasiado en serio la semántica y el enunciado de las teorías, sino los hechos que las definen, las expectativas que plantean, los problemas que resuelven y aquellos otros a los que dan lugar. Tenemos, por lo tanto, que tender a huir del dogmatismo y fomentar el pensamiento crítico.

Nuestro papel como educadores debería ser lo que ya planteaba Sócrates en la antigüedad: “mi maestro me enseñó sólo lo muy poco que sabía, sino también que cualquier sabiduría a la que pueda aspirar consistirá fundamentalmente en darme cuenta del infinito de mi ignorancia”.

El segundo de los aspectos fundamentales en la educación universitaria moderna es el proceso de aprendizaje en sí mismo. Este proceso consiste en el planteamiento de teorías, es decir en suscitar expectativas que siempre tendrán un doble componente de dogma y de crítica.



Es por ello nuestra misión fundamental fomentar dicho componente crítico, refutando los dogmas y creando nuevas expectativas y búsqueda de nuevas teorías. Existen tres procesos de aprendizaje fundamentales: el aprendizaje por repetición, el aprendizaje por imitación y el aprendizaje que busca descubrir, explorar, suscitar planteamientos, plantear hipótesis y fomentar el pensamiento crítico. Es únicamente este último el que permitirá al profesional de la salud del futuro adaptarse tanto a nuevos entornos profesionales como a los cambios científicos

y tecnológicos. Igualmente este aprendizaje efectivo permitirá a nuestros graduados tener capacidad de resolver problemas y realizar una práctica profesional con unos principios de ética y profesionalismo que aseguren la salud y el bienestar de la población a la que sirven.

Una educación universitaria basada primordialmente en la memorización y la repetición, únicamente creará profesionales de recursos muy limitados y, sobre todo, incapacitados desde el punto de vista intelectual y social para adaptarse a las necesidades sanitarias de la comunidad a la que deberán servir durante toda su carrera profesional.

En este proceso de aprendizaje, no es únicamente pieza fundamental el discente, sino también el docente, es decir el profesor. Nuestros sistemas educativos han estado fundamentalmente centrados en el fomento de la enseñanza, sin preocuparse demasiado por el aprendizaje de los estudiantes. Es fundamental cambiar dicho paradigma, donde el eje central de la enseñanza universitaria es el profesor. Debemos fomentar un cambio hacia un sistema donde el eje central de nuestra actividad sea el estudiante y su aprendizaje efectivo. Los profesores tenemos que cambiar nuestro rol de ser una mera cadena de transmisión de conocimientos a un papel de tutela y de facilitación para que los estudiantes adquieran, no sólo una capacidad de aprendizaje activo, sino que se fomente en ellos el pensamiento crítico y la negación de la certeza.

No hay atajos para una educación de calidad. Aprender es un trabajo, una tarea que demanda sacrificios. Es un esfuerzo individual destinado a modificarse a uno mismo a través de este maravilloso proceso del aprendizaje. Aquí es donde deben intervenir los docentes, guiando a los estudiantes en este viaje.

El tercero y último de los aspectos básicos de la educación universitaria moderna es

conseguir una adecuada comunicación entre el discente y el docente para, precisamente de este modo, facilitar el proceso educativo. Sin embargo, en la actualidad esta comunicación presenta importantes barreras.

Estoy seguro que tanto yo, como la mayor parte los que aquí nos reunimos, somos conscientes que estamos viviendo un progresivo cambio en los valores de la sociedad en cuanto a la educación. Existe un pensamiento clásico, que concibe a la educación como el núcleo de nuestra cultura, que permite formar a seres humanos en valores como el pensamiento crítico, la importancia de la lectura y la reflexión, la primacía del razonamiento y la transcendencia de la solidaridad.

La generación que yo represento, así como muchos de ustedes, provenimos de la generación de mayo del 68, donde una juventud educada en la autoridad, en la responsabilidad y la autonomía quería cambiar el mundo. Ahora los jóvenes desafortunadamente no quieren cambiar el mundo, sino que tratan de integrarse en él cuanto antes, a veces sin importar el precio.

Esta generación actual de jóvenes que algunos sociólogos denominan la generación Einstein, no precisamente por su brillantez, sino por su relatividad. Los jóvenes actuales se caracterizan por su búsqueda de lo útil, de la obtención de respuestas inmediatas, de tratar sólo de conseguir lo que sirve para su trabajo y de confiar ciegamente en la tecnología para resolver los problemas. Los jóvenes actuales tienen una importante conciencia social, demandan hablar y ser escuchados y tienen una muy buena capacidad para realizar múltiples tareas al mismo tiempo, sin embargo, la mayoría de las veces adolecen de la suficiente profundidad y reflexión para realizar su trabajo sin riesgo de caer en la banalización.

Neil Postman (profesor de sociología de la comunicación de la Universidad de Nueva York) señala que en los EEUU el verdadero problema de la juventud no son las drogas, el tabaco o las dietas ricas en colesterol, sino la adicción al entretenimiento diario, la necesidad percibida por los jóvenes de estar siempre entretenidos. Vivimos en la sociedad del mundo audiovisual, donde el ser humano de un modo pasivo recibe toda una serie de mensajes empaquetados que no necesita interpretar. Esta educación a lo irrelevante, a lo inmediatamente disfrutable, tiene el riesgo de dar lugar a una generación de desheredados culturales.

Estos modelos de superficialidad no son nuevos. Ya en 1932, Aldous Huxley en su gran obra "un mundo feliz" predijo que viviríamos en un mundo oprimido por la tecnología que privaría al ser humano su autonomía y su capacidad de pensar. Según Huxley, no será necesario prohibir los libros porque a nadie le interesará leerlos, ni ocultar la verdad, porque pasará inadvertida en un océano de irrelevancia. Afortunadamente, no vivimos en el mundo feliz de Huxley, pero nos encaminamos hacia una sociedad donde el pueblo está distraído por lo trivial, paralizado por el entretenimiento perpetuo.

La educación, sobre todo la educación universitaria, debería ser el antídoto y el tratamiento para esta epidemia. Por ello, no debemos solamente orientar nuestro proceso formativo hacia lo útil, a lo que sirve profesionalmente de acuerdo a los paradigmas científicos y

tecnológicos actuales, sino formar al odontólogo o al médico del futuro para que tenga capacidad de aprendizaje profundo, de búsqueda crítica en la resolución de problemas relevantes, con conciencia social y con una actitud ética y compasiva hacia la sociedad.

En resumen, estas tres dimensiones de nuestro proceso formativo en educación superior, la formación científica, el fomento de un aprendizaje efectivo y el conseguir una adecuada comunicación entre los docentes y los estudiantes, son fundamentales para conseguir que estas generaciones de jóvenes estén preparadas para enfrentarse a un mundo complejo, pero al mismo tiempo tremendamente atractivo, con posibilidades tecnológicas, que les van a permitir avanzar mucho más rápidamente en su aprendizaje, en alcanzar de un modo más eficaz los avances de la ciencia y así poder traducir este aprendizaje en la promoción y el mantenimiento de la salud de la población.



Debemos conseguir profesionales de la salud no sólo impulsados por su vocación y por sus aspiraciones profesionales, sino por la curiosidad y el afán de mejora de la humanidad. Como acertadamente escribió el Premio Nobel australiano Peter Medawar «Así como la política según Maquiavelo es el arte de lo posible, la ciencia es el arte de lo soluble y quien la cultiva, debe de tener siempre presente que su misión fundamental es inventar un mundo posible con la finalidad de crear un fragmento de mundo mejor».

Debemos igualmente fomentar en nuestros estudiantes universitarios los valores de la solidaridad, de la conciencia social y de la equidad. Lamentablemente, las perspectivas que les proporcionan la mirada de su sociedad no son del todo halagüeñas. Es cierto que ha mejorado la igualdad y afortunadamente la libertad, pues como decía Karl Popper: «No existe igualdad sin libertad», pero todavía contrasta demasiado la opulencia de algunos con la miseria de otros. Podemos afirmar que la humanidad ha sabido realizar la revolución científico-tecnológica, pero tiene pendiente la revolución de la solidaridad, que se nos muestra evidente por la existencia de bolsas de pobreza y de tantas desigualdades.

Permítame Sr. Rector terminar mi alocución parafraseando la bonita fábula de Jean Fontaine, en la que un labrador decía a sus hijos: no vendan la herencia que nos han dejado nuestros antecesores, la educación, porque ella encierra un tesoro. El anciano labrador fue muy sabio al enseñarles a sus hijos que la capacidad de aprender es el mejor tesoro que podemos dejar a los jóvenes. Y precisamente estos principios de fomento de la ciencia, del aprendizaje y de una comunicación efectiva con los estudiantes, deben guiar nuestra actividad universitaria en ciencias de la salud.

Muchas gracias por su atención.